



La conspiración de Chillo

Gonzalo Ortiz Crespo

Historiador, periodista, novelista y sociólogo.

La conspiración que tuvo lugar en la hacienda de Chillo Compañía, el 25 de diciembre de 1808, antecedente indispensable de la proclamación de independencia del 10 de agosto de 1809, fue un eslabón clave en la cadena de acontecimientos que provocaría la revolución de independencia en América Hispánica e inició el proceso que dio a Quito la gloria de ser Luz de América, la primera ciudad en Iberoamérica en proclamar, tras tres siglos de coloniaje, un gobierno autónomo, no nombrado por las autoridades españolas.

Antes de narrar lo sucedido el 25 de diciembre de 1808, haré una referencia somera al sitio y a quiénes eran el anfitrión y los convidados de

aquella Navidad, para llegar a lo que discutieron y resolvieron ese histórico día.

Para ello, en primer lugar, situémonos en la época. Una época dura, muy dura para Quito, por la combinación de al menos tres factores: su crisis económica, las catástrofes naturales y la crisis política.

La triple crisis de Quito

Quito vivía una profunda crisis económica y una desesperación creciente ante la sordera de las autoridades españolas a las diversas propuestas que desde mediados del siglo XVIII se venían haciendo para encontrar salida a la caída del mercado peruano para la producción de los

obrajes, que habían sido, durante siglo y medio, la principal fuente de riqueza de la macro región quiteña. Cuando hablo de la macro región no me refiero al ámbito político sino al espacio económico, que para entonces era aquel que abarcaba desde el nudo del Azuay por el sur hasta el Guáitara, es decir la comarca de Pasto, por el norte.

Esta crisis se había agravado de manera terrible con la serie de calamidades naturales que habían asolado la zona de Quito desde el gran terremoto que destruyó gran parte de la capital en 1755. Un par años después, otro sismo destruyó Latacunga. Más tarde, dos espantosas erupciones arrojaron piedras incandescentes, ceniza y lahares, una del Cotopaxi en 1768 y otra del Tungurahua en 1773, destruyendo poblados y cultivos en la zona central de la Audiencia. Sequías y una epidemia de sarampión no dejaron descansar a las ciudades y valles interandinos. Pero todo lo anterior quedó corto con la más pavorosa catástrofe: el terremoto del sábado 4 de febrero de 1797 que destruyó por completo Riobamba pero que afectó a casi todo el país, pues, como lo narra González Suárez,

«violentos temblores de ondulación sacudieron la cordillera desde la ciudad de Popayán hasta más allá de Loja. Las provincias de Riobamba, de Ambato y de Latacunga quedaron trastornadas, porque en ellas fue donde la fuerza destructora de los terremotos tuvo mayor intensidad y causó mayores estragos.»¹

No hay acontecimiento geológico que se compare a lo que entonces sucedió: erupcionaron a la vez el Altar, el Tungurahua, el Igualata —que por semanas estuvo lanzando enormes cantidades de lodo sulfuroso—; la propia laguna del Quilotoa, de la que salían llamaradas y nubes de vapor venenoso; el Puchulagua, que la noche del 8 de febrero, se partió y dejó salir llamas, piedras y avenidas de lodo en varias direcciones y, como si eso fuera poco, el Saraurco, que

erupcionó 30 días más tarde y vomitaba tanto fuego que por la noche se lo podía ver desde la ciudad de Quito.²

Humboldt, que llegó cinco años después, narra en su correspondencia que a causa de este terremoto murieron entre 35.000 y 45.000 personas. Baste ello para describir el efecto terrible de la convulsión telúrica en la Audiencia de Quito, en especial en su zona centro-norte.

Si la crisis económica había sido agravada de tal modo por la naturaleza, la desazón quiteña también tenía causas políticas, que mantenían inquietas a las autoridades y al pueblo: el régimen colonial había decidido recortes sucesivos a la jurisdicción de Quito. Unas eran eclesiásticas y no civiles, como la Real Cédula de 1802, que había hecho depender del obispado de Lima el gobierno eclesiástico de las provincias de Maynas y Jaén de Bracamoros, sacándolas de la jurisdicción del obispado y de las órdenes religiosas de Quito, consecuencia nefasta de la expulsión de los jesuitas. Otras eran civiles y no eclesiásticas, como el manejo desde Popayán durante un lustro de las provincias costeras de Esmeraldas y Barbacoas, y la segregación de Pasto y Popayán para su manejo desde Santa Fe por el Virrey de Nueva Granada al igual que de Guayaquil para su manejo desde Lima por el Virrey del Perú.

Entonces, no se daba oídos a los planes propuestos por Carondelet, de convertir a Quito en una capitanía general, con jurisdicción claramente determinada por el norte hasta Popayán, por el noroccidente todo Barbacoas y, además, Panamá; por el oriente y el surorienté todos los territorios hasta el Marañón que, consuetudinaria y legalmente, habían sido manejados por Quito desde el descubrimiento del Amazonas; por el suroccidente Guayaquil, por supuesto, y Túmbes... sino que, por el contrario, se intentaba

recortar su ámbito, consecuencia indudable de la crisis económica y telúrica y de la correlativa falta de poder geopolítico que sufría Quito.

La incompreensión política de las autoridades españolas llegaba también a las propuestas que los propios quiteños planteaban como solución o paliativo a la crisis económica: aliviar la tributación; proteger a toda Hispanoamérica del contrabando inglés y francés; y permitir el comercio intracoloniaal a fin de abrir nuevos mercados como Nueva Granada, Panamá, México e incluso las Filipinas, con los mismos textiles o con nuevos productos, como la hermosas pinturas y esculturas de la escuela barroca quiteña, y otras medidas sugeridas a lo largo de medio siglo.

No sólo que no se atendió a los quiteños sino que las reformas borbónicas implicaron mayor centralismo, mayor exacción de tributos y una prohibición total al comercio con las demás colonias.

Pocas veces al ver en retrospectiva los cambios históricos puede distinguirse con tal claridad como hace 200 años, la manera en que se acumulaban, cual nubes en el cielo antes de una tormenta, tantas causas para una ruptura radical con la situación precedente. Porque si las señaladas eran causas estructurales, referidas a la economía, la geofísica y la política, había otras coyunturales e inmediatas. En efecto, el mal manejo de la administración española se había complicado gravemente en 1808 con los acontecimientos de España —en especial, la sustitución de Carlos IV por Fernando VII y la de este por José Bonaparte, seguida de la invasión y la revuelta del pueblo español contra los invasores. Cuando se supieron en Quito estos hechos, el revuelo fue muy grande; igual sucedió, conforme se iban enterando de los acontecimientos, en todas las colonias hispa-

noamericanas. Al revuelo se sumó la inquietud, porque España dejaba de tener un gobernante legítimo, lo que dislocaba la cadena de mando del imperio. En las distintas regiones del propio suelo español se habían creado juntas soberanas para gobernar en nombre del rey, mientras las autoridades españolas en América, en medio de la confusión, aumentaron sus poderes represivos y su férreo control de la población.

Para un segmento de habitantes de la capital de la Real Audiencia de Quito la reacción no se quedó en revuelo e inquietud. Ese grupo, reunido en la hacienda de Chillo, vio ese momento de la historia europea bajo otro prisma: para los criollos quiteños que ansiaban la libertad, se les presentó la ocasión como la más propicia para llevar adelante los planes que, en conversaciones sueltas o en conciliábulos secretos, venían acariciando: proclamar un gobierno propio. El pretexto era adecuado; los quiteños argumentarían lo mismo que los españoles: que, al faltar un rey legítimo, la soberanía había retornado al pueblo y ese pueblo se daba un gobierno propio, separado del sistema español.

Así que, mientras España iniciaba en 1808 una Guerra de Independencia contra los invasores franceses, Quito también comenzaba en 1808 el camino de su propia emancipación. Esta no llegaría hasta mucho después —15 años y medio más tarde, en las breñas del Pichincha—, y quienes ese domingo de Navidad de 1808, iban llegando a la hacienda de Juan Pío Montúfar, segundo Marqués de Selva Alegre, so pretexto de una alegre celebración, sabían que corrían riesgos pero quizás ninguno pudo barruntar la serie de penalidades a las que iban a estar sujetos por su causa, algunos de ellos con destierros y cárceles y grillos y otros

con la entrega de su propia vida. Pero estaban decididos a conquistar, de una vez por todas, la libertad, que se presentaba ya como la única salida a la desesperante situación de la región de Quito.

Quienes llegaron ese día, fueron numerosos y todos amigos entre sí, la mayoría discípulos de Eugenio Espejo, muerto 13 años antes. De los que llegaron sabemos con certeza que estuvieron los abogados Juan de Dios Morales y Manuel Rodríguez de Quiroga, los militares Nicolás de la Peña Maldonado y Juan Salinas de Zenitagoya y el presbítero José Riofrío, cura de Píntag, quienes luego fueron tomados presos temporalmente en febrero del año siguiente, y allí saldría a luz la conspiración previa de Chillo.

Con toda seguridad, aunque tampoco haya registro de ello, porque la historiografía peca, sin duda, de machismo, también concurrieron a la invitación las esposas y, quizás, sus hijos e hijas, pues no se trataba de una fiesta cualquiera sino de la Navidad, que en Quito se celebraba y se celebra de manera especialmente intensa, donde las familias se congregan alrededor de los nacimientos, arreglados con figuras preciosas esculpidas por las hábiles manos de los artesanos y artistas de la ciudad.

Así pues —atendidos por la hija del dueño de casa, Rosa Montúfar y Larrea, que entonces ya frisaba los 25 años—, también estarían en el convite: Rosa Zárate, esposa de Nicolás de la Peña, la heroína que, pocos años después, moriría fusilada junto a su esposo en Tumaco, y de quien el historiador Roberto Andrade dice que fue «una estrella en la noche borrascosa de aquella revolución tan infausta como rápida», así como la mujer de Rodríguez de Quiroga y sus dos hijas, las cuales, 21 meses más tarde, el 2 de agosto de

1810, presenciarían el asesinato de su padre por los soldados del Real de Lima... Pero eso vendrá después.

A lo largo de los meses transcurridos de 1808 desde que supieron la revuelta del pueblo de Madrid en mayo y de la situación de guerra en la península, este inquieto grupo había reflexionado en secreto qué se debía hacer. Su posición no era exactamente la del Cabildo de la ciudad de Quito que ofreció su fidelidad a la Corona; ni menos la de los españoles avocados en la ciudad, que promovieron una colecta para prepararse a hacer frente «al francés». Este grupo tenía otras ideas, y ese día habrían de tomar una resolución.

La hacienda de Chillo, joya de los jesuitas

Detengámonos un momento sobre la hacienda que acogía a los patriotas en aquella navidad de hace 200 años.

Juan Pío Montúfar y sus hermanos eran dueños de la hacienda desde 1785, cuando la había rematado, junto con el obraje que aquí funcionaba y las haciendas de Pasuchoa, Píllocoto y Tigua, por la elevada suma de 98.400 pesos, pagando de contado 22.000 pesos, aceptando un censo (hipoteca) por 66.400 pesos y entregando otros bienes por los 10.000 restantes. El conjunto de haciendas así adquirido, estaba tasado para el remate en cerca del doble, pero la Junta de Temporalidades estaba urgida por obtener los recursos.

El nombre de «Chillo Compañía», permitía distinguirla de otras haciendas de aquel valle, como «Chillo Jijón», y revelaba su origen: había pertenecido a la orden de los jesuitas y, tras su expulsión, debida a la pragmática



Retrato de Manuel R. Quiroga. AHBCE

sanción de Carlos III en 1767, había pasado a la Corona, que, mediante un comité de temporalidades, se hizo cargo de todas las propiedades de los jesuitas en la provincia de Quito, las administró 18 años, hasta cubrir los gastos derivados del viaje y mantención de los expulsados, y las sacó a remate entre 1785 y 1786, obteniendo por ellas la inmensa suma 1,5 millones de pesos, un poco más de 40% al contado, fondos que fueron a acrecentar las cajas reales.

Por cierto, Chillo había sido la más productiva de las propiedades de la Compañía en la Colonia. Situada en el rico valle de los Chillos —valle que fue la mayor fuente de alimentos de Quito desde la prehistoria hasta mediados del siglo XX—, era una muestra de esta combinación típicamente colonial quiteña de hacienda y obraje, donde a más de las tierras «de pan sembrar» es decir, de cultivos alimenticios, se tenían los talleres de producción masiva artesanal de telas de lana. Para ello se requería el control de un amplio grupo de indígenas sometidos a trabajar en un sistema de endeudamiento permanente, mediante suplidos y adelantos, en las diferentes «tareas» de los obrajes, además del pastoreo de grandes hatos de ovejas y sus respectivos pastizales. También se hilaban y tejían lienzos de algodón, materia prima que se traía de la Costa. Aquí se sembraba, con provecho, todo tipo de granos, pero, sin duda, el producto estrella era el afamado maíz de Chillo, que desde el inicio de la Conquista aparece en las crónicas como el mejor del país, por sus granos grandes y amarillos y su sabor característico.

La hacienda de Chillo Compañía se había iniciado el año 1599 con una donación a los jesuitas por el Cabildo de Quito, de 25 caballerías (la medida de superficie de la época, de la

que trataré más adelante) en «Bilacati», como se llamaba la zona entre Sangolquí y Amaguaña, y fue creciendo poco a poco a lo largo del siglo XVI por adquisiciones sucesivas (ya sea por compras, algunas de ellas a los caciques Manuel Sangolquí y Juan Amaguaña, ya por donaciones). En 1695 la hacienda tenía 186 caballerías y cuando se dio la expulsión de los jesuitas, 225.

Como es sabido, la Compañía de Jesús tenía un sistema de haciendas, obrajes e ingenios que permitía sostener sus obras en las ciudades de la audiencia y sus misiones en el Oriente. En concreto, el producto del complejo de haciendas y el obraje de Chillo se destinaba a la principal obra educativa de la provincia jesuítica: el colegio de Quito. El obraje era clave, pues proveía entre 50% y 80% de los ingresos netos anuales del colegio. No era para menos: se trataba de uno de los mayores de la audiencia de Quito, y en él se fabricaban «paños azules», «negros», «acañalados», «bayetas», «estameñas» y «jergas», y tres cuartas partes de ellos se vendían en Lima, Perú, y el resto en Quito.

Si hoy se habla de «integración vertical» y «horizontal» de la producción y de «cadenas de insumos» hay que ver el sistema que los jesuitas quiteños tenían montado hasta su expulsión: la hacienda de Pasuchoa, que tenía una cabida 233 caballerías, servía para pastizales y provisión de leña y carbón. Y, aunque localizada en el corregimiento de Latacunga, la hacienda de Tigua, de unas 65 caballerías, también estaba estrechamente relacionada con el obraje de Chillo Compañía, como su principal proveedora de lana. Al momento de la expulsión de los jesuitas contaba con 34.124 ovejas, 257 cabezas de ganado y 6 mulas. A su vez, Chillo Compañía, aunque

dedicada fundamentalmente al cultivo de maíz, tenía ese año de 1767, 688 cabezas de ganado, 739 ovejas y 91 mulas.

El conjunto de propiedades daban una extensión sumada de 638 caballerías, una medida de superficie española utilizada desde el siglo XII, que, como toda medida no estandarizada, variaba de un lugar a otro, pero que en Quito equivalía a 40 hectáreas. Por lo tanto, 638 caballerías equivalían a unas 25.520 hectáreas, un territorio descomunal, por más que parte de él eran páramos y quebradas en el Pasocha y Tigua. La joya de todas ellas, Chillo Compañía, tenía una cabida de 9.000 ha en tierra extraordinaria por su clima, su riego y su facilidad de cultivo. Por cierto, hoy, tras dos siglos, Chillo Compañía se ha reducido mil veces, pues tiene solo 9 hectáreas.

El anfitrión: de huérfano a influyente terrateniente, comerciante y político

¿Cómo era posible que Montúfar, se haya hecho a los 26 años de edad, (edad que tenía al momento del remate) de un conjunto de propiedades que sumadas daban unas 638 caballerías?

La historia es un poco larga pero interesante. Al contrario de lo que podría suponerse, Juan Pío Montúfar y Larrea, no tuvo una infancia rodeada de lujos. Nadie lo habría podido creer. Cuando nació, en 1758, su padre, el español Juan Pío Montúfar y Frasso, primer Marqués de Selva Alegre, era presidente de la Audiencia de Quito desde cinco años antes. A Juan le siguieron tres hermanos: Pedro, en 1759, Ignacio, en 1760, y Joaquín, nacido en agosto de 1761 y cuyo parto produjo complicaciones a su madre, Rosa Larrea y Santa Coloma, que murió a los pocos días, cuando

tenía 28 años de edad. La tragedia se cebó en la familia, pues tan sólo siete semanas después, a fines de septiembre también moría, de manera repentina, el marqués.

Así, los cuatro niños quedaron huérfanos de padre y madre en la más tierna edad: el primogénito, que había sido bautizado Juan María Torcuato, pero al que desde ese instante se le empezó a llamar Juan Pío, solo tenía tres años cuatro meses, y el menor no alcanzaba los dos meses. Los cuatro quedaron al cuidado de sus abuelos maternos, los Larrea-Santa Coloma de posición social distinguida pero de escasos bienes. La fortuna del difunto marqués estaba invertida en bienes en Arequipa, donde había sido autoridad antes de ser trasladado a Quito, y recuperar esos bienes habría de demorar unos años. Así que la primera infancia del marqués no fue de lujos. Finalmente, la señora Santa Coloma, abuela de los niños Montúfar, que, a su vez, quedó viuda, fue la que logró cobrar el dinero de Arequipa y comprar, haciéndose además de fuertes deudas, un importante conjunto de haciendas, el llamado complejo de Cochicaranqui que comprendía las haciendas de Zuleta, Angla y Milán, que pasaron a ser administradas por un tío de los Montúfar, Manuel Larrea, hermano de la difunta Rosa, madre de los chicos.

Juan Pío, que desde 1775 ya no podía usar el título de marqués —pues por falta de pago de los derechos debidos a la Corona había sido suspendido al igual que otros títulos nobiliarios de Quito— solicitó en 1777 con sólo 19 años, ser declarado mayor de edad, para poder encargarse de los bienes de los cuatro hermanos. En 1778, mientras continuaba sus estudios en los principales centros académicos de Quito, se casó con su prima Teresa Larrea Villavicencio, también huérfana como él



y también sin bienes de fortuna. Juan Pío, que en 1783 fue elegido por primera vez Alcalde de Quito (cargo que en la Colonia duraba un año), decide vender en 1784 el complejo de Cochicaranqui a un rico comerciante de la época, Carlos Araujo. Esto le permitió disponer de efectivo para intervenir en el remate de Chillo Compañía.

Montúfar al comprar Chillo tenía que emplearse a fondo, junto con su esposa, con la que ya eran padres de tres hijos (Javier, Carlos y Rosa), y sus hermanos menores, y ejercer todas sus influencias posibles, si es que quería hacer producir a sus propiedades. Su hermano Pedro fue el primero en conseguir independencia económica por dos razones: se casó con mujer rica y logró ser nombrado teniente de gobernador de Barbacoas, la rica e inhóspita zona minera.

Este nombramiento abrió nuevas perspectivas a la familia: la producción del obraje no necesariamente debía ir todo hacia el sur, hacia el cada vez más perdido mercado peruano. Los hermanos optaron por entrar en el negocio del «situado», que consistía en rematar el pago que debía entregarse anualmente en Cartagena, tanto para el sostenimiento de las fortificaciones del Caribe como por los impuestos debidos a la Corona española. Agentes cobradores del tributo, contratados por el rematista, recorrían toda la Audiencia, y este emprendía un viaje, una verdadera expedición comercial, cargado de las únicas mercancías de Quito: los textiles y las obras de arte religioso, que las vendía en el camino y las convertía, a lo largo de la ruta que atravesaba la Nueva Granada en toda su extensión, en otros productos, como el oro de buena ley de Barbacoas, que se conseguían en Pasto y Popayán, o las esmeraldas de Muzo y Coscuez,

en Santa Fé de Bogotá, que vendían al llegar a Cartagena para entregar el dinero acordado, mientras podía emprender el regreso con mercadería llegada de España, para venderla a lo largo de la ruta de retorno o ya en Quito. Con las influencias y contactos de Pedro en Barbacoas y de Ignacio en Popayán, donde este se instaló por algunos años, el negocio podría marchar bien, como en efecto sucedió. Juan Pío Montúfar emprendía cada año, con una recua interminable de mulas cargadas de paños, jergas y bayetas, las grandes expediciones comerciales del situado.

Las conexiones en Santa Fé de Bogotá permitieron al mayor de los Montúfar conseguir una rebaja de la mitad de la deuda por el título de marqués, lo que aprovechó para pagarla con sus nuevos ingresos pecuniarios, habiéndosele restituido el marquesado a inicios de 1790. Los negocios iban bien, pero un nuevo golpe habría de caer en su vida: en el siguiente viaje con «el situado», el 23 de abril de 1790, murió su esposa. Tenía solo 30 años de edad, y durante sus 12 años de matrimonio habían procreado cuatro hijos de los que quedaban tres. Si Montúfar rompía el estereotipo de hacendado al convertirse en comerciante al por mayor, su esposa había roto, como algunas otras quiteñas sobre las que falta investigar mucho más, el estereotipo de mujer recluida en su casa sin actividad económica: al contrario, ella había emprendido sus propios negocios: un almacén en Sangolquí y la producción de franjas y galones, para lo que tenía, al parecer, una red de bordadoras en la hacienda y en el propio Sangolquí.³

La última década del siglo es de febril actividad para Montúfar, lo que eleva su fortuna y la de su familia. Su hermano Ignacio se retira de la actividad y va a vivir desde 1791 en Madrid,

donde morirá pocos años después, en 1795. Pedro regresa a Quito y es nombrado alcalde por el año 1793. Una huella documentada de lo bien que le iba en su actividad es que un año después del gran terremoto de 1797, el marqués compra, en un remate de las Cajas Reales, el obraje de Licto, en ruinas, y sus haciendas agregadas, cuya restauración y administración deberá encargarse a empleados, y más tarde a su hijo Javier, nombrado corregidor de Riobamba por el Barón de Carondelet, quien llegó como presidente de la Audiencia en 1799 e hizo inmediata y estrecha amistad con el marqués y los círculos ilustrados de Quito. A Javier Montúfar le va a tocar enfrentar la sublevación indígena de Guamate de 1803, año en el que también muere su tío Joaquín, el menor de los hermanos de Juan Pío, a los 42 años de edad. Por ello, para cuando se da la famosa reunión en Chillo solo sobrevivían los dos hijos mayores del primer marqués: Juan Pío y Pedro, y en la casa solo estaba su hija Rosa, pues su hijo Javier se hallaba en Riobamba y su hijo Carlos en España.

Montúfar y Espejo

Si la situación social y económica de los Montúfar era boyante, ¿qué les llevó a participar de la lucha por la independencia y a sacrificar todo por ella? La respuesta es la misma que llevó a otros destacados terratenientes criollos en Hispanoamérica, como el propio Simón Bolívar.

Juan Pío Montúfar se había formado con los jesuitas y, luego de la expulsión de estos, en la universidad de Santo Tomás. Pero era, además, lector voraz y tuvo una influencia aún más importante: fue íntimo amigo de Eugenio Espejo.

En efecto, el anfitrión de la Navidad de 1808 había apoyado a Espejo, financiando la publicación en Santa Fé de Bogotá de su discurso sobre la sociedad patriótica y siendo uno de los mecenas del primer periódico de la historia de Quito. Ambos, en distintos escritos hablan de su amistad, y lo hacen también, las autoridades realistas. Permítanme solo citar a dos de ellos, el Presidente de la Audiencia, Joaquín de Molina y el Procurador Ramón Núñez del Arco. Para el primero: «El verdadero término al que aspiran [los quiteños] es su soñada independencia... fruto de las semillas que dejó sembradas un vecino nombrado Espejo, que se ha cultivado después por la vitanda familia de los Montúfar». Vitanda, por cierto, según el Diccionario de la Real Academia de la Lengua, significa odiosa, execrable. Para el segundo, Montúfar era «el autor de las insurrecciones que meditó desde 1784... Hombre caviloso, intrigante y causa de la ruina de Quito, y trastorno de toda la América. Toda su familia intrigante y pésima».

Hombre culto, Montúfar fue el anfitrión de todos los hombres de ciencia que llegaron a Quito: por ejemplo, en 1802, él hospedó durante seis meses a Alejandro de Humboldt y a Aimé Bonpland, en una casa especialmente preparada para ellos en Quito, también los alojó varias veces y durante semanas, en la hacienda de Chillo, junto con otro sabio, el neogranadino Francisco José de Caldas, que sería después prócer y mártir de la independencia de Colombia.

Luego de los acontecimientos de 1809, cuando Montúfar fue el primer presidente de la América revolucionaria, sería perseguido con tenacidad y odio por los españoles, en especial Arredondo y Fuertes Amar en 1810 y, tras ser vicepresidente de la segunda Junta Soberana

de 1810 y firmante de la Constitución de 1812, fue confinado con grilletes, a Loja en 1813. No contentas con eso, en 1814 las autoridades españolas le confiscaron todos sus bienes, entre ellos su hacienda, sus casas en Quito y sus propiedades en los corregimientos de Latacunga y Riobamba, para entregarlos a Juan Vázquez Rengifo y a Agustín Galup, ¡a Galup, el que dio la orden de matar a los presos el 2 de agosto de 1810!

Ya que estamos hablando del destino de Juan Pío Montúfar, mencionemos que en 1815, renuncia al marquesado, en gesto de «soberbia y virilidad», como dice Neptalí Zúñiga. El ex-marqués habría de volver a conspirar en 1816 y, nuevamente apresado en 1817, fue desterrado a España, donde habría de morir en 1818. Se había dicho que murió en Cádiz pero datos recientes permiten afirmar que murió en un lazareto llamado la «Finca de Martín Navarro», en el pueblo de Alcalá de Guadaíra, muy cerca de Sevilla.

Los convidados

Juan de Dios Morales y José Riofrío

Si el anfitrión era un representante arquetípico de la aristocracia criolla, que poseía títulos nobiliarios, tierras e indios (porque el control de estos era clave para todo lo demás), ¿quiénes eran los invitados que, después de almorzar, se quedaron alrededor de la mesa —como era la tradición⁴— para adoptar determinaciones fundamentales para el futuro de Quito. Era un conjunto interesante de personajes, que mostraba la alianza de clases que actuaría en la independencia, y por la que, algunos de ellos a muy corto plazo, entregarían su vida y fortunas.

Uno fue el abogado e intelectual Juan de Dios Morales, que había sido secretario del Barón de Carondelet. Morales, nacido en 1767 en Rionegro, Antioquia, Nueva Granada, vivía desde 1790 en Quito, a donde había llegado de 23 años como primer oficial de la secretaría del presidente de la Audiencia Antonio de Mon y Velarde. Sin embargo, al haber sido llamado Mon a Sevilla tan solo un año después, para integrar el Consejo de Indias, Morales había sido postergado por el siguiente presidente Luis Muñoz de Guzmán. Los desplantes presidenciales llevaron al joven antioqueño, que mientras tanto se había recibido de abogado en la universidad de Quito, a renunciar a su cargo administrativo y dedicarse a la carrera judicial donde fue nombrado en primer lugar defensor de pobres y después fiscal de lo penal.

Pero la universidad, sus estudios, y la amistad con Eugenio Espejo llevaron también a Morales a la causa de la independencia. Precisamente él habría de defender al presbítero Juan Pablo Espejo, hermano de Eugenio, de las acusaciones personales y políticas en varios juicios. Cuando por fin fue reemplazado Guzmán y llegó de presidente el Barón de Carondelet, este enseguida aquilató la inteligencia y cultura de Morales y le nombró su secretario.

El antioqueño era el más fogoso e inquieto de los que ese día conversaban en Chillo: habrá recordado a todos las ideas de Espejo, los planes trazados de antemano y la necesidad de actuar de inmediato. No era, por cierto, la primera de las reuniones que se hacían para fraguar la independencia. El propio fiscal Tomás de Aréchaga, en su acusación fiscal el 21 de abril de 1810 lo menciona: «Habían celebrado en esta ciudad —dice— varias Juntas privadas, a consecuencia del arribo de don Manuel

Urriez, con el fin de realizar el proyecto». En efecto, en lo que el grupo coincidía era en que el nuevo presidente de la Audiencia, este Manuel Urriez, Conde Ruiz de Castilla, llegado pocos meses antes, no era precisamente una autoridad que fuera a impulsar el desarrollo de Quito, como lo había hecho Carondelet, y que, al contrario, su avanzada edad, su medianía intelectual y su falta de voluntad, iban a ser negativas para la ciudad.

En realidad, los problemas con la administración española se habían agudizado desde el mismo día de la intempestiva muerte de Carondelet, el 10 de agosto de 1807, a los 59 años de edad: el Coronel Diego Antonio Nieto, quien se hallaba de paso en Quito de viaje al Perú para asumir la Intendencia de Puno, se arrogó las funciones de presidente de la Audiencia argumentando ser el militar más antiguo y de mayor rango en la plaza. La Audiencia se opuso a esta pretensión, y lo propio, de manera frontal lo hicieron Juan de Dios Morales, como magistrado, y Juan Salinas, como el militar al frente de la guarnición de la plaza. Sin embargo, las maniobras de Nieto prevalecieron, habiendo sido confirmado en el interinato por el Virrey de Nueva Granada. Lo primero que hizo fue tomar venganza: humilló a Salinas y recortó sus funciones, mientras que ordenó al gobernador de Guayaquil, Coronel Cucalón que apresara a Juan de Dios Morales, quien había acompañado al puerto a la viuda de Carondelet, doña María Castaños, que retornaba a España.

Sus amigos de Quito pusieron a Morales sobre aviso. Y aquí es necesario señalar a un protagonista excepcional, el joven Vicente Rocafuerte, que acababa de regresar de París y quien lo habría de contar él mismo de la siguiente forma:

En ese tiempo, la viuda de Carondelet fue a Guayaquil con su familia, y la acompañó el Dr. Morales. El primer uso que el Crnel. Nieto hizo de su disputado poder, fue descargar los tiros de su venganza contra su opositor Morales, mandarle a arrestar en Guayaquil, y en seguida enviarle preso a Quito. Sabido esto por la Baronesa, a quien yo visitaba todos los días, me mandó llamar, para suplicarme ocultase a Morales en la hacienda de Naranjito y lo pusiera a cubierto de las tiránicas persecuciones del intruso Presidente. En efecto, me lo llevé al campo y lo tuve escondido, hasta que el Sr. Nieto regresó al Perú.

Y prosigue Rocafuerte:

En este tiempo, Morales y yo, discutimos largamente la cuestión de la independencia de América y convenimos en que había llegado la época de establecerla: sólo diferimos en los medios de llevarla a cabo, y obtener el mejor resultado. Yo era del sentir que esperaríamos a formar y extender la opinión, por medio de sociedades secretas; de extenderlas al Perú y a la Nueva Granada, para ayudarnos en tan poderosos auxiliares. Él quiso todo lo contrario, y que en el acto mismo se diese el grito de independencia.⁵

La misma urgencia transmitiría Morales en la reunión de Chillo. La prohibición de regresar a Quito, que pesaba sobre él desde cuando Nieto supo que se había esfumado, le había sido conmutada por el propio conde de Ruiz de Castilla. Con él Morales había conferenciado en Guayaquil, cuando llegó de paso a Quito para posesionarse del cargo de presidente de la Audiencia, y si no logró permiso de volver a la capital, sí, al menos, para vivir en alguno de los pueblos de sus cercanías. Por eso, Morales había residido un tiempo en Latacunga y en las últimas semanas se hallaba en Píntag, de huésped del párroco, el segundo de los convidados, el cura José Riofrío, amigo cercano y quien compartía con todos los reunidos el anhelo de independencia. El historiador liberal Roberto Andrade dice que «Morales era estudioso, ilustrado, diligente, emprendedor, de modales atractivos, así como de espíritu

esforzado, de robustez intelectual. Era el eje de la máquina revolucionaria...». Su papel esa tarde, como en todo el proceso que seguiría a partir de entonces, iba, en efecto, a ser decisivo.

Los otros tres convidados de Navidad

El tercero de los invitados, Manuel Rodríguez de Quiroga, amigo y colega de Morales, había nacido en la actual Bolivia, el Alto Perú, pero, como él mismo lo cuenta, había venido de niño a Quito, con su padre, funcionario colonial, y había recibido toda su formación en esta ciudad. Su tranquilidad contrastaba con la fogosidad de Morales, pero su carácter más calmado no le hacía menos adicto a la causa de la libertad, como buen discípulo de Espejo.

Un cuarto huésped, Nicolás de la Peña Maldonado —quien en los siguientes años de lucha habría de demostrar gran valentía y tenacidad y habría de terminar ofrendando su vida al ser fusilado junto con su mujer Rosa Zárate—, era nieto del mayor científico de la audiencia de Quito durante la Colonia, el insigne Pedro Vicente Maldonado, pues su madre era Juana Maldonado, hija del sabio geógrafo, y su padre el español Manuel Díez de la Peña. Era Teniente Coronel de las milicias, es decir, en aquellos ejércitos de voluntarios que cuando era menester se formaban con los hacendados y algunos de los criollos de las ciudades, sobre todo para enfrentar los levantamientos de indígenas.

El quinto invitado, Juan Salinas y Zenitagoya, era un cercano amigo del marqués desde su juventud. Aunque también de familia terrateniente, era un soldado profesional, en el pequeño ejército regular que mantenía la Corona. Cuando fue enviado a Guayaquil como



joven subteniente, había actuado como agente de Selva Alegre para cobrar unos dineros que le debían. Luego había servido catorce años en la Amazonía, junto con Francisco de Requena, gobernador de Maynas y Comisario de Límites entre los dominios españoles y portugueses, y solo dos años antes, en 1806, había sido el comandante del batallón de 400 hombres que el Barón de Carondelet había enviado a Panamá para impedir que cayera en manos inglesas. Su larga carrera militar le hacía merecedor al título de coronel, pero las autoridades españolas no se lo habían concedido. Seguía de capitán pero era el jefe del ejército en Quito y dado su ascendiente en la tropa, el único oficial que podría convencer a los soldados de abandonar la causa española y pasarse a la del gobierno criollo.

Como se dijo antes, es probable que ese día haya habido un mayor número de convidados, pero no hay registro de ellos. De los anteriores se sabe fehacientemente porque, a la vuelta de muy poco tiempo, fueron apresados y se les siguió una causa judicial.


La decisión de ese día

Los convidados habían comentado las noticias: sabían que tres meses antes, el 25 de septiembre de 1808, se había constituido en Aranjuez una Junta Suprema Central y Gubernativa del Reino y exigía obediencia en España y América, desplazando a la Junta Suprema de Sevilla. La Junta se había formado tras la victoria el 19 de junio de ese mismo año, en la batalla de Bailén, del ejército conjunto anglo-español contra la *Grande Armée* francesa (la primera derrota del ejército de Napoleón en tierra) y tras la declaración del Consejo de Castilla de que las abdicaciones de Carlos IV y Fernando VII en Bayona eran nulas.

Los hilos de la historia de Quito y de Europa se trenzan aquí de manera sorprendente: quien comandó el ejército triunfador en Bailén fue el General Francisco Javier Castaños, hermano de doña María, la viuda del Barón de Carondelet... y su ayudante de campo, que luchó con distinción en esa batalla fue nada menos que Carlos Montúfar, el hijo del anfitrión de esa Navidad, que había partido para Europa con Humboldt unos años antes con carta de recomendación para el General Castaños dada por su propio cuñado Carondelet. El teniente coronel Montúfar, integrado en la Guardia de Húsares, participaría también en otras batallas en la meseta castellana, pero ante las posteriores derrotas españolas, habría de huir hacia Andalucía. Dos años después, en 1810, vino como Comisionado Regio, nombrado por el Consejo de Regencia para pacificar Quito luego del primer grito de independencia, pero plegó a la causa americana, y tras mil peripecias se unió al ejército de Bolívar y entró con él triunfante en Santa Fé de Bogotá, pero luego de la derrota de la Cuchilla de Tambo, en Popayán, sería tomado preso y fusilado en Buga en 1816.

Los convidados pasaron a precisar cuándo darían el golpe. Discutieron algunas posibilidades y llegaron a un acuerdo que no dejó de ser solemne: la acción para cambiar el gobierno español y establecer uno propio en Quito, se realizaría para las fechas de Carnaval. Este dato lo da un contemporáneo, Pedro Pérez Muñoz, en su conjunto de cartas recientemente descubierto, titulado *Compendio de la rebelión de América* que está siendo publicado por el Fonsal: «Se aprovecha Selva Alegre y los suyos de la ancianidad, dejamiento y disposición del Conde Ruiz y tratan de realizar en las Carnestolendas el plan de la rebelión» (Carta 15).

Ahora bien, ¿en qué días fue el Carnaval de 1809? Nadie se ha planteado esta simple cuestión en la historiografía ecuatoriana. Como es sabido, el Carnaval depende de la Pascua, que es una fiesta móvil, de la que se restan los 40 días de Cuaresma. ¿Y cómo se fija la fecha de la Pascua? Los complotados probablemente lo sabían, y si no, allí estaba el cura Riofrío para recordárselo. Es que la Iglesia Católica, a partir del Concilio de Nicea del año 325, resolvió que el Domingo de Resurrección fuera siempre el de la semana en que cayera la primera luna llena de la primavera, estación que comienza en el Hemisferio Norte el 21 de marzo. He averiguado que en el año 1809, el primer plenilunio de primavera cayó el 31 de marzo, por lo que el domingo de Pascua fue el 2 de abril. Por lo tanto, el golpe estuvo planeado para el 13 y 14 de febrero de 1809. Tenían 50 días para prepararse.

Con esta determinación, salieron de Chillo los convidados del marqués de Selva Alegre hacia Quito y Píntag, esto es, hacia el destino que les tenía reservado la historia. Se había iniciado la revolución de Hispanoamérica. 

Notas

1 González Suárez, *Historia General de la República del Ecuador*, Tomo V, 383.

2 *Ibíd.*, p. 385.

3 No puede el autor dejar de relacionar esta actividad de los bordados con la tradición que perdura hasta nuestros días del bordado en Zuleta, donde la esposa de Montúfar también había vivido sus primeros años de joven casada.

4 Mónica Cobo de Avellán, comunicación personal.

5 A la Nación, N° IX, Colección Rocafuerte, Vol. XIV, p. 170.